

pretorianos completamente subvertidos y sublevados en su contra, repudió á Clodia sin vacilación y sin escrúpulo. Necesitando un día pactar con Sexto Pompeyo, entró en su familia y se casó con Scribonia. Pero en cuanto de nuevo riñera con su aliado, repudió á la esposa y le robó al patricio Tiberio Claudio, Livia, con quien vivió hasta la muerte y de quien recibió un entenado, un hijo del primer matrimonio de ella, para el trono. Y un hombre así argüía con reconvenciones terribles al cambiante Antonio por sus proceder con Octavia.

Ésta no lograba desasir Antonio de su amada reina. El amor de Cleopatra por Antonio y de Antonio por Cleopatra es un amor casi proverbial. Cantáronlo poetas como Virgilio, Propercio, Horacio, Lucano, Calderón, Shakspeare, y ninguno logró agotar las hipérboles encareciéndolo. Aquella hija del desierto fascinaba como la serpiente, y cuando á un cuerpo solía enroscarse, no lo dejaba sino después de muerto. El vino jamás tuvo las fuerzas embriagadoras que su amor. Los vientos del África no abrasan como abrasó el aliento suyo á los por ella preferidos. En una de sus entrevistas, por encontrarla y verla minutos antes, dejó Antonio muertos en sus campos ocho mil hombres, sin apenarse ni conmoverse siquiera. Tal amor dábele vértigos de suicidio. No se satisfacía durmiendo con

ella todas las noches en el mismo lecho. Deseaba dormir junto á ella por toda una eternidad en el mismo sepulcro. Al primer mensajero y heraldo de Cleopatra con quien topaba en sus regresos después de alguna expedición ó viaje le solía regalar copas murrinas, almacenadas entre sus despojos, que valían todo un imperio. Antes se hubieran encontrado las arenas del desierto libio que los besos puestos por Antonio en labios de su amada. El sensualismo asiático se había difundido y centuplicado en aquellas venas á la hora misma en que la idea cristiana se acercaba y venía contra toda sensualidad. Antonio juraba muchas veces por execración aquel amor intenso pidiendo que, si olvidaba por un minuto á Cleopatra, le olvidaran los manes de César, le maldijera renaciente la lengua de Cicerón, le abandonaran sus soldados y le vencieran los parthos. Cuando parecía más harto de sus placeres por el uso y el abuso, renacía el deseo y encargaba con cuidado á los cantores de Alejandría que compusiesen y entonasen un epitalamio, como si fuera la noche próxima noche primera de sus bodas. Y los coros invocaban al hijo de Urania, eterno habitante de la risueña colina del Helicón, ceñido con coronas de mejorana, calzado de borceguíes azules, oliente á mirto del Asia para que fuese por la Venus púdica presidido y acompañado de

virgenes y mancebos desde un promontorio á otro promontorio, uniendo aquellos dos seres, como si nunca se hubieran poseído uno á otro, y dejándolos unidos, cual se une al verde olmo la parra y al fuerte roble la hiedra. En vano los milites reconvenían al pretoriano por aquel olvido de la guerra que parecía traición á sí mismo. Unos le acusaban por haber convertido su espartana sobriedad en grosera glotonería; otros por haber trocado la espada de Filipos en rueca de Cleopatra. Sus manos, decían, que tuvieron bastante fuerza para buscar en las viejas ruinas romanas el cetro de los antiguos reyes y elevarlo hasta el puño de César, no tenían en aquel momento fuerzas para sostener las trenzas de su querida. Aquel que vieran en las Galias durmiendo sobre la dura tierra, por míseros racimos alimentado, apagando la sed hasta en agua cenagosa, se vestía en Egipto de seda y oro, se coronaba con guirnaldas de sésamo, se tendía en cojines de púrpura y pasaba sus días en fiestas orgiásticas y sus noches en placeres inmundos. Lo amarillo de sus mejillas, lo morado de sus ojeras, lo lívido de sus labios, lo débil de su cuerpo, delataban á voces el vicio y el placer. Así los mismos partidarios del general temían por su honra y por su vida. Cleopatra para ellos era un Aníbal abortado por el África en la forma de aquella mujer

extraña para concluir con Roma y con el romano, más parecido en fuerza y en coraje al vencedor Escipión. Y como Aníbal se valiera de la fuerza contra Roma, valíase contra Roma de la seducción Cleopatra. Y todos á una deseaban desasirlo de sus brazos y devolverlo al tálamo y al hogar de Octavia.

Antonio quiso un día esclavizar á Cleopatra y Cleopatra lo esclavizó á él. Reina, se fué con los republicanos; querida de César, auxilió á los asesinos de César. ¿Quién, por aquel momento, contuviera la cólera de Antonio? Mientras en Cilicia se iba la serpiente acercando á su presa, el general dudaba si conducirla cautiva entre sus trofeos á Roma para enaltecer más el valor de sus triunfos ó si degollarla en las aras santas como víctima de holocausto para tener propicios á los dioses. Pero todos estos propósitos se frustraron al influjo y poder de aquella su fascinadora mirada. Desde tal punto y hora lo poseyó por completo como ningún amo poseyera sus siervos y ningún propietario sus propiedades. Sus labios le parecían un volcán de amores; sus abrazos le trastornaban hasta enajenarlo del propio sér suyo; sus palabras se le hundían en lo más recóndito del alma, en el sitio donde se determinan las acciones y se alzan las ideas. Cuando la estrechaba entre sus brazos, creía estrechar á todas las mujeres juntas, porque ninguna

de sus caricias nuevas se asemejaba jamás á ninguna de sus caricias anteriores, renovándose los placeres como si tuviera mil formas su sér y palpitara la vida universal en sus senos. Una entrevista y un coloquio entre la egipcia y el romano agotaba todos los aspectos de la vida y todos los modos y maneras del sér. Primero danzaba en baile seductor. Los balanceos de su cuerpo incitaban á todos los apetitos, el centellear de sus ojos encendía todas las pasiones. Después de haber danzado recitaba versos. Las descripciones de una siesta en compañía de Antonio transcurrida, las cuales descripciones estaban hechas sobre los calcos de la poesía latina y sobre las composiciones de los primeros poetas romanos, enloquecían al cuitado Antonio. Como pintaba una calurosa tarde, durante la cual sólo se oía la cigarra confundiendo el chirrido suyo con los rumores de la trilla y los cánticos del segador, Antonio dormía la siesta fatigado y sudoroso. Las ventanas de su cubículo, á medio cerrar, daban paso por sus hendiduras á dulce luz muy semejante con la que cae á la misteriosa caída del día en brazos de la noche. Podrían compararse aquellos dudosos resplandores al reflejo de los solsticios en los misterios, al tibio reverbeo de la luna en el mar, á la sombra de las selvas por la tarde, á todo cuanto complace al pudor y enardece á los amantes. Sobre los

párpados entreabiertos de Antonio se suspendieron los ensueños que no quitan enteramente la luz y que dan á las ideas y á las ilusiones inciertos contornos de firme realidad y de vaga ficción. Cleopatra fué, viendo á su Antonio así, en busca del amor. Desceñida la vestidura, encendido el rostro, sueltas las trenzas, extendió sus brazos al preferido y amado con aquella embriaguez con que Lais los extendía frecuentemente á sus numerosos adoradores. Antonio quiso desnudar á Cleopatra por completo de su toga, mas resistióse como una virgen pudorosa la reina egipcia, pugnando, no por una victoria de todo punto á sus deseos odiosa, por una placentera derrota. Y como no había ninguna sombra en sus ojos, ni remordimientos en sus conciencias, ni reserva en sus enajenaciones, ni hastío en sus amores, jamás satisfechos, si al cabo, cediendo á la naturaleza y su imperio, concluían por dormirse, preguntábanse uno á otro, en los intervalos, por qué no había de ser aquella siesta una siesta perpetua. Y con estas voluptuosidades, á las que artes y letras quitaban sus aspectos más repugnantes y sus caracteres más bajos, Antonio y Cleopatra vivieron una vida, la cual de seguro no ha tenido antecedentes ni tendrá consiguientes en toda la sucesión de los siglos y en todo el transcurso de la humana historia.

Pues cuando se despertaban de tal sueño y volvían sobre sí, Cleopatra llevaba su amado por la filosofía, por el arte, por la ciencia, por los cielos, á fin de despertar en su sér todo lo superior del espíritu y de la vida. Ya le hablaba de religión y le decía los más guardados secretos teúrgicos. Noticiábale todo el simbolismo de aquel olimpo animal egipcio. Decíale cómo el macho cabrío representa la lujuria, y el cocodrilo de anchas fauces la gula, y la tortuga por su gran pesadez la pereza. Mas también hay animales propicios, que representan virtudes creadoras y divinas como Annubis con cabeza de chacal y Hero con cabeza de gavilán. El escarabajo es imagen del dios Ptah. Y es imagen del dios Ptah, porque así como éste hace y rueda los astros del éter, el escarabajo hace y rueda las pelotas del barro y del excremento. Y tras esto ponía una explicación racional del culto prestado por los egipcios al gato y al cuervo, recordando que sin estos animales exterminadores de tanta corrupción como traen consigo los calores del cielo africano y las humedades producidas por el Nilo fecundante, los miasmas extenderían sus venenos por todas partes y el Egipto se convertiría en vasto cementerio. Y dicho todo esto volvíase como un vocero á defender las regiones orientales contra Occidente, las regiones orientales, cuna del sol y cuna de la

religión. En sus bordes se ha dibujado el primer crepúsculo de la primera mañana del mundo y el primer crepúsculo de la primera mañana del espíritu. Todos los dioses llevan una corona oriental en sus sienes, y todos, para ser sagrados, necesitan recibir en sus labios el beso nutritivo de su eterna nodriza, del Asia. Por eso, los dogmas orientales son misteriosos como el crepúsculo, y sus altares duraderos como la eternidad, y sus templos de igual solidez que la tierra ó el sol. Y por todo esto Cleopatra creía que se acababa el mundo, que se perdía la natural trabazón de sus castas, que todo centro de autoridad faltaba, que todas las divinidades á una se iban, que hasta los sepulcros quedaban sin la significación y el misterio de la inmortalidad, si por acaso el Occidente cumplía y realizaba sus ensueños de dominación omnipotente. Y terminadas estas disertaciones teológicas ibase como sin esfuerzo á superiores y altísimas disertaciones filosóficas y morales. Y hablaba con tal motivo de apólogos como aquel de Simón de Atenas, quien, rico, repartió el bien á manos llenas, y empobrecido, no encontró favor en quien auxiliara, y nuevamente rico tras su miseria, volvieron á lisonjearle y seguirle aquellos mismos que le abandonaron, por lo cual se apartó de sus semejantes como de apestados y se recluyó en altísima

torre, donde no quiso ya más oír hablar nuevamente ni de la humanidad ni del hombre. Después hablaba de astronomía y contaba cómo sus padres, los Ptolomeos, habiendo trasladado los ladrillos del Éufrates al Nilo, destruyeron la concepción astronómica, que atribuía los eclipses á gigantesco dragón agarrado de los astros para devorarlos como devoran á las moscas las arañas, sustituyendo todas estas fantasmagorías con los saros, períodos de diez y ocho años, en el transcurso de los cuales se reproducen con uniformidad los eclipses y las demás particularidades celestiales. Y cuando había bastante hablado de astronomía y de los abismos del cielo, hablaba de los abismos del mundo y de los secretos del destino. Y en estas disertaciones la idea que resaltaba era la idea de la transmigración de las almas desde unos cuerpos á otros cuerpos. Y sostenía que antes de volver al cielo, si hemos sido perezosos, vegetaremos en un árbol; si músicos, ascenderemos á las gargantas de melódicas aves; si sublimes, nos perderemos con las águilas en las etéreas alturas; si sociales y buenos, zumbaremos en el enjambre de las abejas y destilaremos mieles para endulzar la vida toda.

En cuanto veía que Antonio se cansaba de volar por tales alturas emprendía ejercicios corporales

como cualquier atleta. Así enganchaba su cuadriga tirada por cuatro caballos nacidos en las riberas del Betis, y se iba seguidamente al Estadio, citando cocheros émulos suyos y alzándose con la corona de triunfo. Luego entraba en las jaulas de su casa de fieras y hacía prodigios en el trabajo de la domesticación. Los tigres saltaban en torno suyo como perros y los leones le lamían los pies tan dulcemente como si fuesen jirafas ó camellos. Antonio, que había visto en su vida tan débiles de compleción á los seres fuertes de inteligencia, como César, maravillase de aquella hembra singularísima, en la cual sumábanse con todas las espirituales aptitudes reconocidas en el dictador que le sojuzgaran en grado altísimo todos los atractivos y todo el natural imperio de su sexo. Como él era una mezcla rarísima de orador y soldado gustaba de los dos polos de la vida é iba desde uno á otro, no por gradaciones y medidas incompatibles con su violencia nativa, por saltos y saltos mortales. Así de los asuntos propios á una escuela más alta íbanse á los asuntos propios de una taberna muy sucia. Hablábale Antonio á lo soldado, y á lo soldado hablaba ella, sobrepujándole con mucho en grosería. Bebía el borracho general, y bebía más aún la reina. Comía él glotonamente con los excesos naturales á todo vicio; excedíase aún más ella.

Empleaba el soldado algunos ratos de ocio en la gimnasia, pues Cleopatra se alzaba con la mayor agilidad al frente de los atletas. Por desgracia estos empeños de su naturaleza física se viciaban y corrompían en propensiones invencibles á prostituirlo y degradarlo todo. El gimnasio, elevado por los Ptolomeos, á ejemplo de los griegos, para desarrollar las fuerzas de aquellas generaciones y darles energía, entereza, virilidad, convertíase con estas saturnales de Antonio y Cleopatra en verdadera mancebía. Los pórticos, de suma sencillez, trazados para invitar á saludables ejercicios, veíanse llenos de cortesanos vestidos á usanza de mujeres, por lo rozagante de sus trajes de seda y lo deslumbrador de sus joyas de oro. Los peristilos contenían legiones de innumerables sacerdotes que llenaban los aires con las nubes de sus holocaustos, en los cuales quemaban olorosas esencias. Cada templo mandaba á la diosa una ofrenda y cada ofrenda valía un reino. En el efebeón se levantaban los sendos tronos que debía ocupar la demente pareja, tronos airoso, de plata y oro, superiores en esplendor á los más ricos altares. Por las demás oficinas, por las palestras, vense los guardias de las regiones del Asia y del África vestidos con sus vistosos trajes y cargados con sus relumbrantes armas; los jóvenes imitadores de los griegos, desnudos como las esta-

tuas del Partenón en los bajorelieves de Fidias, entonando en coro versos de Píndaro y Homero; las vírgenes hermosísimas con sus crótalos hispanenses movidos al compás de la música que dirige sus danzas; los magos diciendo palabras extrañas recogidas por sus oyentes con religiosa veneración, mientras que por las florestas y por los jardines del maravilloso edificio discurren las bacantes ceñidas de hiedra y pámpanos, ebrias de mosto, su tirso áureo en las manos, la piel de tigre sobre los hombros, las palabras más incoherentes en los labios y por todo su ser la fiebre de una voluptuosidad, la cual, á manera de contagiosa epidemia, se pegaba con facilidad á todo el mundo y corría con rapidez por todas partes. Cuando Antonio acudía con la natural movilidad y cambios de una vida como su vida, en algunas ocasiones, al gimnasio, experimentaba deseo vivísimo de combatir ó conquistar, é iba desalado en pos de sus tenientes para departir con ellos respecto de las futuras empresas y de los combates con los parthos. Pero bien pronto caía en el triste olvido de tales propósitos, á guisa y manera del borracho, que, al despertarse de larga modorra, se propone resueltamente no beber en las horas lúcidas, y luego bebe, recayendo bajo la pesadumbre del sueño abrumador.

Bien es verdad que había dos naturalezas en el

buen Antonio, la naturaleza de un héroe y la naturaleza de una manceba. Tal epicúreo voluptuoso era el mismo que devorara gran pedazo de carne, apenas asada, y vistiera burda túnica de tosca lana, sin curarse de otra cosa que de llevar al cinto espada muy larga en defensa de Roma y los romanos. Entonces, ni las abrasadas arenas del Egipto ni el blando lodo de las lagunas serbónidas embarazaban sus triunfales correrías. Todos le habían visto ir de Brindis á Macedonia desafiando las tempestades del aire y las tormentas del mar, como si en una mano tuviera el tridente de Neptuno y en otra mano los odres de Eolo. Su gloria fué tan grande que mereció de César dirigir el ala izquierda en Farsalia, y su poder tan discrecional que lo llevó el dictador junto sí en los carros al celebrarse los nunca iguales triunfos. Así pudo conjurar todas las enemistades y vencer á todos sus enemigos. Así, abandonado al oleaje bravío en una tormenta romana, fugitivo por los campos de Módena, con raíces alimentado, bebiendo por todo licor orines de caballo como los getas, se granjeó un ejército cautivado por su heroísmo y por su fuerza. Pero, al contacto de Alejandría, el héroe maravilloso era inmunda prostituta. Parecíase á esos ídolos egipcios que tienen medio cuerpo de hombre, otro medio de zorro, adorados unas veces como genios

buenos y otras como genios malditos. Hablaba sin medida, reía sin continencia, se emborrachaba como cualquier soldado en la taberna, é iba poniéndose con los ranchos gordo y fatigosísimo como un cerdo. Siervo de sus pasiones propias aun le quedaba tiempo y espacio para servir como alcahete las pasiones de los demás. Su largueza con su codicia tan sólo podía compararse. Días enteros á la mesa, noches enteras en el vicio; dormido de hastío al presidir los tribunales sin cuidado y luego no dejando á nadie dormir con sus calaveradas nocturnas y sus correrías indecentes, emprendidas tras larguísima velada en fiestas de bufones y juegos de acróbatas; he ahí las verdaderas faenas de Antonio. Mil veces vomitaba en público lo que había comido en secreto. Mil veces condujo la litera de su favorita en procesión como púdiera conducir las andas de una diosa. A un lado llevaba consigo Anaxener porque tañe la cítara, y á otro Xestho porque tañe la lira, y á otro lado el danzarín Metrodoro porque agita brazos y piernas á compás, mientras alrededor suyo, en grandes tropes, muchachas disfrazadas de bacantes, muchachos de sátiros, grupos de músicos tocando aires eróticos, por todo lo cual, en vez de llamarle Júpiter ó Marte las gentes, le llamaban Baco, y asaz Baco agrión, que quiere decir Baco salvaje. Para cenar él y Cleopa-